

ENTRE BOTANAS Y AIRES ETÍLICOS. LA CANTINA COMO ESPACIO PÚBLICO EN LAS ZONAS URBANAS Y RURALES DE JALISCO

MARCO ANTONIO ACOSTA RUIZ¹, BOGAR ARMANDO ESCOBAR HERNÁNDEZ²

RESUMEN

Este escrito tiene como propósito compartir un ejercicio reflexivo en torno a las Cantinas, espacio físico que tradicionalmente los varones frecuentaban a cualquier hora del día. Los cambios rápidos que se dan en las grandes ciudades fueron, de alguna manera u otra, modificando el uso de estos establecimientos hasta el grado de permitir el ingreso a las mujeres. Este ejercicio se apoyó en la visita a cantinas, tanto en la zona urbana como rural; la observación participativa, la charla con diferentes personas en el interior de las cantinas y la revisión documental nos dio los elementos para reflexionar y presentar este trabajo. Finalmente, para darle un sustento académico, nos apoyamos principalmente en la idea de “*los no lugares*” propuesta por el antropólogo Marc Augé (2000), con el fin de darle esa explicación de manera teórica a la conducta humana en su vida cotidiana.

Palabras clave: Cantinas, vida cotidiana, espacio, mujeres.

ENTRANDO A LA CANTINA

En cualquier sociedad urbana del mundo los espacios de recreo, meditación, placer, tránsito, entre otros, son propios de la vida cotidiana tanto del hombre como de la mujer. En la actualidad, la conducta humana de los habitantes de la ciudad de Guadalajara y zonas conurbanas, como Colotlán y sus comunidades aledañas (Fig. 1), son dignas de un estudio profundo, pues estos dos lugares que por mucho tiempo se tildaron de conservadores y tradicionalistas, ahora

1 Centro Universitario del Norte marcoacostarui@gmail.com

2 Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades bescobar71@yahoo.com.mx

son víctimas de la “modernidad” que ha traído consigo la transformación de muchas de las conductas de sus habitantes. Tenemos la curiosidad de hacer un primer acercamiento reflexivo a lugares y espacios considerados por muchos como “santuarios” del hombre mexicano, del macho, del varón que a cualquier hora se refugia en ellos; en el que demuestra sus caras ocultas a diferencia del decurso cotidiano que lleva en su hogar, trabajo, reuniones familiares, o bien, donde comúnmente existe una interacción de los “no lugares” y la “situaciones límite”.



Figura 1. Fachada de la cantina *Mi Oficina* en Huejúcar, Jalisco.
(Foto: Adolfo Trejo Luna. Martes 13 de junio de 2023).

EL PRIMER TRAGO

La cantina como espacio físico ha perdurado desde siglos atrás y conlleva un tumulto de tradiciones y conductas humanas en su interior. Cuando alguna persona se interna en este espacio, le cambia radicalmente la sensación del mundo externo. El olor a tabaco, el murmullo en las mesas, las miradas que divagan de un lado a otro, el sonido de los cristales al servir la cantidad adecuada de hielos y las melodías que tocan las rocolas, o en el mejor de los casos, la música en

vivo, el piano, el violín y/o la guitarra que acompañan el momento hacen que el individuo se sienta en un espacio que lo siente suyo. La cantina es el lugar ideal para intercambiar y debatir ideas políticas, hacer negocios, estar al día de lo que acontece en la ciudad y el mundo.

Solo o acompañado, el hombre encuentra el alivio al balbucear sus problemas complejos, egos, triunfos y fracasos, desasosiegos e ilusiones. Es normal encontrar entre la multitud abogados, intelectuales, médicos, obreros, comerciantes, servidores públicos, teporochos, boleros, vendedores de billetes de lotería, artistas, etcétera, etcétera. Así pues, la cantina está estrechamente ligada con el licor, el sentimiento, las relaciones sociales. Sinónimo de recinto, la cantina es aún en nuestros días, a pesar de la recia sociedad modernizante que devora lo tradicional, una estancia que sus usuarios se aferran a no dejar desaparecer (Fig. 2).



Figura 2. Interior de la cantina *La Sin Rival* en Guadalajara, fundada en 1898; es la más antigua de dicha ciudad y actualmente sigue abierta al público. (Foto: Adolfo Trejo Luna. Martes 13 de junio de 2023).

EL ENTREMÉS

Para hacernos entender, es importante hablar de los bares y restaurantes-bar. Pensamos que no se deben confundir con la cantina. El bar es un establecimien-

to que al igual que la cantina venden bebidas alcohólicas acompañadas de algún alimento ligero, las famosas “*botanas*”. Pero la diferencia radica en sus clientes o usuarios. El bar es un espacio que puede ser usado también por la mujer; podemos afirmar que es una respuesta amoldada a las necesidades comerciales, donde la presencia de ellas es evidente, lo cual implica que las conductas del hombre cambien. El ambiente y las relaciones humanas se modifican y, por ende, el varón no se comporta igual que en una cantina. La persona que acostumbra a vivir de noche podría entender esta diferencia a la que nos referimos.

La ciudad de Guadalajara está cada vez más inundada de bares. El *cliché* o la moda, ha provocado que algunas de las cantinas tradicionales hayan perdido su originalidad. La demanda propició que estos recintos del varón se convirtieran en un espacio mixto de socialización. Por un lado, la presencia de las damas, por otro, la adaptación de la infraestructura del inmueble; tal es el caso de baños exclusivos para las mujeres, la ampliación y adaptación de muebles más cómodos y estéticos. En fin, toda una reestructuración tanto social y cultural de lo que un día fue una cantina.

A partir de estas ideas se originó la inquietud de iniciar una reflexión y posteriormente una breve investigación sobre la manera en que se vive la cotidianidad en las pocas cantinas existentes en Guadalajara y los abundantes bares en la urbe. ¿Será posible que cambien las conductas del hombre en cada uno de estos espacios? ¿Podemos afirmar que la conducta humana se manifiesta de manera diferente en una cantina y afuera de ella? ¿Cómo saber si esa intimidad a la que nos referimos dentro de la cantina es imaginaria o real? Trataremos de dar respuesta a estas interrogantes, con la intención de que sea el principio de una investigación antropológica con relación a las cantinas y bares tapatíos del siglo XXI.

EL PLATO FUERTE

Al reflexionar sobre la naturaleza, condición y función social que entrañan las cantinas, los restaurantes-bar, y los bares, no se puede menos que pensar en el concepto propuesto por Marc Augé (2000) con relación a los “*no lugares*”, caracterizados por ser espacios que para la percepción y la conciencia del individuo no conllevan ni implícita ni explícitamente referentes de apropiación subjetiva y/o colectiva, como apunta Augé “[...] *un espacio que no puede definirse ni como un espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar[...]*”.

Al respecto, proponemos que la cantina, el bar, y el restaurante-bar, constituyen espacios en los que se puede percibir la evolución que han tenido los ámbitos de consumo de bebidas alcohólicas, a medida que la “*sobremoderni-*

dad” nos ha alcanzado -¿engullido?- en las décadas precedentes. En un primer extremo, se ubicaría la cantina como espacio de divertimento esencialmente masculino en el cual la mujer aparece como una comparsa-acompañante, la cual ha sido limitada y obligada a cumplir el rol de objeto satisfactor, es decir no se le trata como igual, su presencia solamente se acepta en la medida de que permite mostrar a los otros su “*hombría*”, su “*pegue*” con las mujeres. Fuera de dicho marco de referencia, la presencia de la mujer resulta inaceptable según la mentalidad machista que campea en las cantinas. Esta discriminación genérica es probablemente el atributo que más contribuyó a la “*sacralización*” de la cantina para el hombre como un ámbito que se torna “*su casa*”, “*su refugio*”, el “*santuario*” al que se acude cada fin de semana, o con regularidad, para departir con los hermanos de espíritu, los compañeros de dolor, los confidentes de cuitas amorosas; en fin, los escuchas de todas y cada una de las expresiones vitales humanas. La cantina se convierte pues, en un “*lugar de memoria*”, (Augé, 2000) un espacio íntimo, privado con el que se produce -y reproduce- una identificación generada a partir de una relación estrecha, de cercanía, de apropiación, en donde el *yo* y el *aquí* se complementan y se corresponden en una simbiosis pasada, presente y, se espera, futura (Augé, 2000).

El bar, constituye el arquetipo más acabado de la aparición de nuevos espacios de consumo alcohólico con nuevos significados y representaciones colectivas ocultas a la mirada desprevénida y poco inquisitiva. El bar es un espacio al que se acude generalmente a tomar la copa y alguna botana, y en el que se sabe se puede encontrar acompañante para una noche de ludismo lo que le confiere un estatus especial como tierra de “*ligue*”. En este espacio, por lo común, no se establecen vínculos de identificación-relación entre el “*lugar*”, el espacio, y el parroquiano; en este caso los encuentros son furtivos, eventuales, esporádicos, se acerca más propiamente a un “*no lugar*” con el que no existen nexos y que evidencia la actual situación de desapropiación y de anonimato que caracteriza a la mayoría de los ámbitos sociales de tipo contractual de la época contemporánea, propiciatorios de relaciones mecánicas, enajenadas e impersonales.

Por su parte, el restaurante-bar constituye un ámbito que, a diferencia de las cantinas, sí incluye el servicio de comida, con ello se abre la posibilidad de la presencia femenina -e incluso familiar-, a partir de roles más amplios, menos atomizados conceptualmente; en este espacio se empieza a diluir la norma de oro no escrita del universo cantinero, la exclusión de la mujer, esta nueva condición supone la pérdida de la intimidad “*sacramental*”. El restaurante-bar puede interpretarse como un espacio de transición - ¿casi lugar o un lugar menguado? -, una “*zona liminal*”, en la medida que los parroquianos aún pueden establecer vínculos referenciales de identidad, aún se puede producir la “*querencia*”, si

se renuncia a la exclusividad sexista y se acepta compartir no sólo el espacio físico, sino, sobre todo, la confianza, la camaradería, y la complicidad, con la alteridad complementaria de la mujer (Fig. 3).



Figura 3. Fachada de la Cantina El Mor Legendario, en Huejúcar, Jalisco (Foto: Adolfo Trejo Luna. Martes 13 de junio de 2023).

LA SOBREMESA

En este apartado nos vamos a permitir analizar la condición de los espacios de consumo alcohólico como espacios propiciatorios de *situaciones límite*, entendidas éstas como aquellos contextos en los que se presentan acciones o interacciones que transgreden las normas sociales o personales las cuales normalmente no se exhiben. Sin pretender establecer que las cantinas, bares, o restaurantes-bar, son los ámbitos exclusivos en los que se producen situaciones límite, sí podemos afirmar que generalmente en ellos se propicia un particular comportamiento del sujeto que cotidianamente no se manifiesta en otras partes.

Con el concurso y el influjo de las bebidas espirituosas se propicia el destierro del habitual hermetismo, de la personalidad circunspecta, ecuánime e impoluta, para dar paso -o desenterrar- a su *alter ego*, para exhibir frente a sí mismo y a los demás, una hilaridad y desenvoltura gozosas y festivas a la mejor usanza de los vástagos de Baco. En este punto, la situación límite deja de ser rara avis y se vuelve moneda corriente, se abre el arcón de los secretos,

se abandonan las máscaras sociales para mostrar los verdaderos yo's y tu's enfundados en un nosotros, los "amigos", los "hermanos del alma" y, entonces, el tímido se anima a hablar, a bromear, a bailar, y hace todo aquello que hundido y reprimido en su subconsciente no realiza en su cotidianidad, sabe que es el momento para liberar su espíritu, para frisar y aún sobrepasar las fronteras de la norma, para mostrar toda su grandeza y mezquindad abiertamente, sin ambages, sin tapujos y sin más cortapisas que los que le imponga su honestidad.

LA ÚLTIMA Y NOS VAMOS

A manera de conclusión, si algo queda en claro, de acuerdo a lo hasta aquí expuesto, es que los espacios de consumo alcohólico tradicionales o modernos en Guadalajara y Colotlán, son sitios de interacción social con características propias que tienen funciones sociales muy específicas. En cualquiera de sus modalidades y aunque en menor medida según sea el caso, la cantina, el restaurante-bar y el bar, permiten al individuo paliar el estrés de la vida contemporánea, encontrar espacios de recreación y desenvolvimiento lúdico, ello cumple una importante función de distensión social que quizá no ha sido valorada a cabalidad.

Sin los tabernáculos de Baco, el hombre pierde un valiosísimo espacio de acción-interacción en el que puede consolidar lazos de amistad o parentesco sanguíneo o espiritual, el yo puede mostrarse libremente al menos por un cierto tiempo para poder aligerar la pesada loza de pensamientos, sentimientos y deseos oprimidos en el continente personal. En ellos, se genera la posibilidad de despojarse de la agobiante condición de sujeto socialmente condicionado y levantar la cara de hombre expuesto, auténtico, espontáneo, y quedar para bien y para mal, a merced de sus propias normas y valores. Estos espacios, se erigen por méritos propios en islas de liberación que nos permiten percibir y vivir mundos mejores, tierras más atractivas y dignas de ser pisadas, microcosmos en los que la convivencia con nuestros semejantes se arropa de mayor calidez y humanidad, y por lo mismo, se vuelve más entrañable y deseable. ¡¡A su salud, señores...!!

REFERENCIAS

Augé, Marc. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Editorial Gedisa.